

Domingo XX del Tiempo Ordinario (16-08-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Queremos agradecer a este don de la venida de nuestros hermanos de Hungría, al saludarnos, al visitarnos y al recordar la generosidad que tuvieron de ayudarnos en el momento más difícil de la historia de esta Catedral. Tenemos la maravilla también de unas lecturas que nos hablan de la apertura profunda de Dios para todos los pueblos, que es muy importante porque estamos en una época de cerrazones, de odios, de peleas, típicamente problemas de tipo imperial que se empiezan a meter en los corazones de las personas y empiezan a destruir toda relación. Eso también pasaba en época de Jesús.

Los libros del Deuteronomio y de Esdras, por ejemplo, hablan del odio que debía tener el pueblo de Israel respecto a los cananeos, y los consideraban una *chusma* caterva, como se dice en castellano limeño, un desprecio por los pueblos que eran distintos. Y hoy día Jesús, en el evangelio, también pasa por la tentación de no acogerlos, porque Jesús, cuando camina con nosotros, Él siendo el Hijo de Dios hecho carne con nosotros, vive un proceso de madurez humana, de la toma de conciencia humana de la divinidad que posee, para darse cuenta qué cosa debe hacer.

Hay un texto en el Evangelio de Juan - que lo leemos en la Semana Santa - en donde dice: "*Padre, ¡líbrame de esta hora!*", porque se da cuenta que lo van a matar y, entonces, dice luego: "*pero, si para eso he venido, para esta hora ... Padre, ¡glorifica tu nombre!*" Jesús tiene esta cosa bien interesante de cierta duda, que reflexiona y luego rectifica. Es muy bonito porque una tendencia, por ejemplo, en los discípulos, es a no rectificarse, y Él les enseña a rectificarse

porque la fe cristiana es un proceso en maduración en el amor que Dios nos da; y es un aprendizaje de vivir en el amor gratuito del Padre siendo hijos y siendo hermanos los unos de los otros. Y no siempre tenemos claras las cosas.

Entonces, aquí, cuando Él está caminando y ha hecho muchos milagros, inclusive, ha compartido el pan con la gente, esta mujer cananea se le acerca y le clama por su hija enferma (Mateo 15, 21-28). Y los discípulos dicen que la atienda porque hace mucha bulla, hara mala fama, hace escándalo. Por eso, le insinúan: *Mejor, cállala, porque está creando problemas*. No son muy generosos con la ayuda. Pero, simultáneamente, ella sigue insistente y Jesús le dice esa frase: “*No he venido sino para las ovejas perdidas de la casa de Israe*”, porque esa era su misión, en su pueblo, por eso era descendiente de David.

Si bien leemos nosotros la promesa que le hace el ángel a Natán sobre la dinastía davídica, era una dinastía para gobernar eternamente y para todos los pueblos de la tierra. Esta mujer también algo había escuchado, y siente que la misión de Jesús no era solamente Israel, sino era universal. Y se toma la confianza en medio de la multitud que seguía a Jesús donde había una enorme mezcla: judíos y no judíos. Es muy interesante porque esta mujer tiene una percepción más profunda de la fe.

La semana pasada hemos reflexionado cómo hay estas palabras que Pedro le dice a Jesús: *Si no eres un fantasma, mándame caminar sobre el mar para creer en ti*. Es decir, le pone una condición para creer en Él. Y hemos dicho la semana pasada que lo escrito acá, “*hombre de poca fe*”, significa algo más, “creyente en la fe de los pocos, de la elite” del grupito de los sacerdotes del templo. Es decir le corrige ese estilo de creer es propio de esos sacerdotes que ponen una serie de condiciones para todo.

Lo más importante es que, en el evangelio de hoy, Jesús está afirmando esa restricción, “he venido solo para los judíos pobres”. Es decir no se está abriendo. Pero la mujer le muestra con su insistencia, termina por felicitarla: *¡Grande es tu fe, mujer!* Después de que la mujer le responde argumentando que “también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Ahí Jesús se sorprende de la fe de esta mujer y se maravilla.

Frente a la fe de esta mujer, Jesús responde: *mujer, que se haga como tú dices*”. Es muy importante porque Jesús, gracias a una mujer no judía redescubre su misión como universal, dándose cuenta de que la promesa que Dios, la había hecho en favor todo el, y que a través de Él se manifestaría el amor de Dios a todos, no solamente a los judíos.

Pero va tomando conciencia en el camino, y es una cosa muy importante que, quien le hace tomar conciencia en el camino, es alguien de un pueblo lejano, una mujer pagana, cananea, despreciada. Lo digo esto porque nosotros también, que somos la Iglesia Católica (“católico” significa “universal”, destinada a todos los pueblos), a veces, somos más tacaños: “¡Ah, no! Este no habla como yo, entonces, no merece ser católico”, se piensa. O excluimos a todas las personas que no son creyentes “principales” para nosotros, cuando hablamos de los pueblos sencillos que creen dentro de su proceso. Inclusive lo hemos tenido, en la época colonial, con la extirpación de las idolatrías. Es verdad que había idolatrías algunas graves en que mandaban a matar a la gente, pero la mayor parte de la fe de nuestro pueblo no es así. Nuestro pueblo tiene una fe también en los cerros, en el agua; tienen una visión que han ido construyendo porque todos los pueblos tienen una religiosidad muy grande.

Y, antes de imponer la fe, hemos de aprender más a bien a suscitarla para ver cómo empalma con el Dios Padre que

nos ama; y nuestra misión no es despreciarlos sino comunicarles nuestra fe valorando que lo positivo que está detrás de esas intuiciones y de esas creencias, para que puedan comprender en el fondo, que tenemos un Dios que nos ama. Eso es lo que hace Jesús también.

Por eso, cuando esta mujer le dice la frase esa de los perritos y las migajas, Jesús la levanta, la valora, la reconoce, y no solo le dicen: ¡"grande" es tu fe! Porque "*nega*" no solamente significa "grande", también significa "ancho". Es decir, le está diciendo: tu fe no es estrecha, sino ancha. No es para un grupito y para decirle a los demás: ¡chusma!. La fe es para comunicarla y compartirla, valorando y alentando todo lo interesante del que intuye de otro modo a Dios y, abrirnos a ellos así como ayudar a abrir, a quien no sabe esto, al amor de Dios a todos los pueblos.

Por eso, hoy día estamos contentos porque, al venir ustedes, nos estamos hermanando, y tenemos que seguir hermanándonos en el Perú con las situaciones de la gente, con los niños, con los mayores, con los testarudos, con los "cabeza hueca" ... para abrirnos y ayudar a abrirlos. Es una enfermedad ser cerrado, estar encerrados en nosotros mismos.

Y, por eso, hoy día, después de que termine de hacer esta homilía, dos amigos nuestros que se declararon amor hace 53 años van a renovar sus promesas matrimoniales porque, teniendo ellos tanta vida, tanta entrega, han sabido amarse en ese camino, inclusive, en una forma mixta, porque son de diferentes religiones. Pero eso es muy importante: se han declarado su amor y siguen adelante 53 años. Se trata del profesor Luis Millones y su esposa Renata. Don Luis ha estudiado mucho nuestras religiones andinas y entre sus obras tiene una lindísima dedicada a Rosa de Lima que se llama "una partecita del cielo".

Antes de pasar a ellos, quisiera recordar una cosita sobre San Esteban que es muy importante. Hoy día, ustedes, hermanos húngaros, celebran la fiesta de San Esteban. Una frase de San Esteban era esta: *¡El rey que no escucha la voz de la misericordia es un tirano!* Hermanos y hermanas, la misericordia que se evita conduce a la tiranía; pero la misericordia que se practica conduce al hermanamiento de los pueblos, la comprensión y la corresponsabilidad, la participación y la democracia. En esa época todavía no existía la democracia, pero existía la capacidad de abrirse, y sabía muy bien el santo rey Esteban que podía caer en la tentación de ser tirano. Por eso, hoy se celebra en toda Hungría el día de San Esteban, y también aquí en Lima lo vamos a celebrar con la presencia de ustedes y participando dentro de un ratito de la bendición de la lápida.

Quisiera decirles que este monarca - que fue rey – fue muy querido por su pueblo porque se preocupaba mucho por la gente. Él mismo se encargaba de repartir las limosnas personalmente. Decía a la gente que iba a conseguir que no hubiera más pobres, no que eliminara a los pobres, sino que hubiera menos pobreza. Y también fue muy devoto de la Virgen María, y levantó muchos templos en su honor mientras organizaba el Estado húngaro.

El Papa Francisco los visitó el año 2023, y reconoció en la cultura de los húngaros, una cultura fina, llena de belleza, especialmente, con autores como Franz Liszt, que nos ha permitido gozar profundamente. Y espero que al final de la misa podamos escuchar una pieza de piano, de una de sus obras más lindas, *Rapsodia húngara n.º 2*.

Ahora, en agradecimiento a Dios también por los 53 años de nuestros hermanos, Luis y Renata, les pedimos que pasen un ratito para que se declaren uno a otro su consentimiento de amor.